

gundo que me dé V. E. una órden para entrar y salir á palacio á todas horas y por todas partes.

—Se te dará: ¿y dinero?

—Lo dejo eso á la prudencia de V. E.

—No quedarás descontento, y esta noche tendrás todo: retírate.

Benjamin salió radiante de alegría.

X.

En donde se prueba que los que andan siempre juntos, no son siempre buenos amigos.

Doña Catalina de Armijo era una hermosa dama que vivia por una de las calles que estaban cerca del monasterio de Santo Domingo.

Doña Catalina vivia con su madre, una anciana como de cincuenta y cuatro años: ni á la madre ni á la hija se les habian conocido nunca bienes de fortuna; pero ellas habian vivido siempre con cierto lujo, merced, segun decia el vulgo, á las condescendencias de la vieja y á la arrogante figura de Catalina.

No habia en aquella casa muchas visitas, pero sí tenian siempre algun constante protector que las visitaba asiduamente y con gran confianza, á todas horas del dia y de la noche.

Primero fué un intendente, luego un oidor, despues un comerciante acaudalado, mas adelante un regidor perpetuo, un alférez real y otros varios, hasta que segun informes verídicos, Don Alonso de Rivera ocupaba aquella posicion en los dias que nos vamos refiriendo.

El público sabia que los protectores empobrecian y se retiraban, pero algunos habian notado que al encontrarse con Doña Catalina en la calle, la saludaban como buenos amigos, lo que probaba que habian perdido la visita y la intimidad, pero no la confianza ni la buena amistad con ella.

En la casa de Doña Catalina no se veian caballos, ni carrozas, ni lacayos; un ajuar elegante y pocos criados; pero en cambio, grandes cofres con ricos servicios de plata, cajas con numerario abundante y hermosas joyas, formaban el depósito de la dama y recordaban la ruina de sus adoradores.

Doña Catalina habia comprendido y decia que la hermosura de las mujeres pasa como la forma de las nubes, y que era necesario aprovechar y guardar para la vejez, porque entonces deberia al dinero lo que en su juventud á la belleza.

No se sabia si la madre habia enseñado estas teorías á la hija, ó la hija habia conyencido de ellas á la madre; lo cierto es que las dos estaban conformes en ellas.

Don Alonso de Rivera comenzó por gastar cuanto deseaba Catalina; el amor y la ilusion que le causaba aquella mujer no le hacia reparar en nada; pero sin sentirlo, sus cajas fueron agotándose, y un dia se encontró con la fatal noticia de que no tenia modo de contentar los nuevos caprichos de la dama.

El dia de la entrada del marqués de Cerralvo, Don Alonso hizo el último esfuerzo para llevar á Catalina un collar de perlas: la dama salió contenta con él, pero Don Alonso determinó tener aquel dia una explicacion formal con Catalina.

Eran las cuatro de la tarde: cuando se presentó en la casa, Catalina se mecia en una butaca negligentemente.

Don Alonso la saludó con una frialdad que comprendió

la jóven, y comenzó á torturar á su imaginacion, para encontrar un vado en aquel negocio: por fin, limpiándose la frente, tosiendo y componiéndose los puños, dijo como cortado:

—Catalina.

—¿Qué hay?—contestó la jóven volviendo el rostro con fingida curiosidad.

—Necesito que hablemos seriamente.

—Sí, ya lo habia yo comprendido.

—Bien, pues vamos á ver cómo damos prisa á esta explicacion.

—No sé para cuándo la guardais.

—Catalina, sabeis cuánto os he amado y cuánto he hecho por complaceros.

—Sí, y creo que eso á nada viene; adelante.

—En efecto—contestó algo cortado Don Alonso—pero yo creia que era un preámbulo necesario.

—Suprimidlo, es mejor.

—Pues bien, yo os amo aún....pero....es....

—Decidlo claro, ¿estais cansado de mí?

—¡Oh, Catalina! eso nunca; pero.....

—¿Qué hay pues? decidme claro.

—Que el estado de mis negocios es malo; no quiero decir por eso que estoy arruinado, pero no me creo ya capaz de soportar el gasto que yo deseara que hiciérais siempre.

—Hablad claro, decid que yo os pierdo, que os arruino, que peso demasiado sobre vos.

—¡Oh! no digais eso, por Dios, que no es lo que yo he dicho.

—Pero es lo que habeis querido decir: adelante.

—Pues.....

—Entiendo, quereis que cese todo entre nosotros, que yo os releve de vuestro compromiso, ¿es verdad?

- No, eso no precisamente.
- Pues entonces, ¿qué queréis?
- Oídme, y prometedme no enojaros con lo que voy á deciros: es un negocio importante y ventajoso para los dos; pero os lo propongo como negocio.
- Decid con franqueza, que de nada me enfadaré.
- Pues bien, yo no tengo ya dinero, y vos necesitáis y yo necesito tambien: ¿admitiríais un medio que tengo pensado, con el cual ambos, trabajando y poniendo algo de nuestra parte, podriamos hacernos de fondos sin perder la buena amistad?
- Hablad—dijo negligentemente Doña Catalina, preparándose á escuchar.
- Decia yo que hay en México una persona que reúne cualidades de tan alta estima, que me atreveria yo á proponérosela para que me sustituyese, si no en el amor que os he profesado, porque de eso no podria responder, sí en la generosa proteccion que mereceis por vuestras dotes de hermosura y talento.
- ¿Y quién es esa persona?
- Es el hombre mas rico de la Nueva-España. No es jóven, pero tampoco es viejo; tiene un genio amable, y sobre todo, es un hombre enteramente solo en el mundo, sin padres, sin hermanos, sin hijos, en fin, sin herederos de ninguna especie; debiendo advertiros, ademas, que está muy lejos de ser un avaro.
- ¿Y quién es ese Fénix de los hombres?—preguntó con una sonrisa de duda Doña Catalina.
- Se llama Don Pedro de Mejía. ¿Le conoceis?
- De nombre. Y en cuanto á sus riquezas, estoy segura de que es como decís; pero respecto á lo demás lo ignoraba.

- Pues yo os respondo de todo ello con mi cabeza: ¿aceptais el partido?
- Antes de resolverme, saber quisiera qué interes llevaréis en el negocio y qué ayuda prestaríais, porque dijisteis que entrambos y para ambos le haríamos.
- Así lo dije en efecto, y he aquí mis condiciones: vos y yo, señora, haremos una compañía, comprometiéndome yo á traeros á Don Pedro y á influir porque caiga en vuestras redes (perdonad la palabra, señora): vos poneis de vuestra parte la seducción y el amor, yo le excito á ser generoso con vos y vos recibís sus dones, y de todo, y de la herencia, si conseguimos por algun medio obtenerla, iremos á mitad de utilidades: os advierto tambien que soy el único amigo de Mejía y el único que influye sobre él. ¿Os conviene?
- Doña Catalina reflexionó.
- Meditadlo bien—agregó Don Alonso—que os importa.
- ¿Os parece que consulte con mi madre?
- Como gustéis.
- Doña Catalina se levantó y salió del aposento; Don Alonso quedó solo meditando su plan.
- Un cuarto de hora despues volvió á entrar Doña Catalina y dijo á Don Alonso:
- Aceptado; pero con la condicion de que extenderemos un papel en que conste nuestro compromiso.
- Es inútil, porque no podria valer en juicio.
- No importa, mi madre lo quiere así.
- Cosas de las señoras grandes. Lo extenderemos.
- Ahí teneis recado de escribir; ponedlo.
- Lo pondré, á pesar de que os repito que es inútil.
- Y yo os repito que no importa.
- Don Alonso escribió y luego leyó en voz alta:

«Conste por el presente cómo yo, Don Alonso de Rivera, y yo, Doña Catalina de Armijo, nos comprometemos solemnemente á hacer compañía con el objeto de conseguir que Don Pedro de Mejía contraiga conmigo, Doña Catalina de Armijo, relaciones amorosas, para lo que influiré y ayudaré yo, Don Alonso de Rivera, y que de las larguezas de dicho Don Pedro de Mejía, así como de su herencia, si conseguirse pudiese, para lo cual se harán los esfuerzos posibles, iremos á medias ambos.—Y lo firmamos en México, á 3 de Noviembre de 1624.—ALONSO DE RIVERA.»

—Firmad vos, Doña Catalina.  
Doña Catalina tomó la pluma y firmó también.  
Don Alonso dobló el papel y comenzó á guardarlo en la abertura de su ropilla.

—¿Qué haceis?—dijo la jóven.  
—Guardar el documento.  
—Tanto valia entonces no haberlo puesto.  
—¿Pues qué quereis?  
—Tenerle yo.  
—Y yo entonces.....  
—Pongamos otro igual.  
—Es justo, y cada uno guarde el suyo; decís bien.  
—Don Alonso sacó una copia del documento y lo firmaron ambos, y cada uno tomó el suyo.  
—Estamos en regla, sois una mujer admirable; ahora vamos á combinar nuestro plan.  
—Vamos.  
—¿Teneis confianza en mí?  
—¿Cómo no, si tengo este papel en mi poder, con el que puedo perderos el dia que quiera!  
—Se entiende perdiéndoos tambien vos.

—Verdad; pero como yo no soy una persona de respeto en México, ni llevo amistad con Don Pedro de Mejía, mi nombre seria el de una de tantas mujeres y no causaria el escándalo que el vuestro, cubriendo tan honroso documento.

—Dejemos eso—dijo Rivera algo molesto—que no se llegará el caso de publicar ese papel; lo que quise preguntaros es, si teneis confianza en mi ingenio.

—Sí.

—Pues entonces dejadme preparar todo; seguid mis indicaciones, y yo os instruiré del papel que debeis representar.

—Convenido, vos dirigís la comedia; ¿y cuándo comienza?

—Mañana mismo, y voy á hacer los preparativos.

Don Alonso se despidió de Catalina y salió meditando en su plan de campaña.

de Ixtapalapa, y siguió su camino hasta mas allá de donde alcanzaba el bullicio y la luz de la fiesta.

Llegó aquel misterioso paseante hasta la casa del Crucifijo, que conocen nuestros lectores, llamó á la puertecilla, y despues de dar las señales convenidas, entró en la casa, dirigiéndose sin vacilar y sin detenerse á la gran sala en que habia tenido lugar la junta en que fué presentado Don Leonel.

El Padre Salazar, completamente solo, escribia, teniendo delante de sí en la mesa una gran cantidad de papeles.

Al ruido que hizo el que entraba, el Padre puso instintivamente la mano izquierda sobre los papeles, y sin dejar la pluma colocó la derecha frente á la bujía para que el resplandor de ella no le impidiera descubrir á la persona que llegaba á interrumpirle.

—Buenos dias—dijo el que entraba.  
—Dios los enviará—contestó el Padre sin poder reconocer aún al que le hablaba.

—Como de costumbre, ¿no me reconocerá usía?

—¡Ah, Martin! exclamó el Padre despues de un detenido exámen de su interlocutor.

—El mismo, aunque perteneciendo ya á la servidumbre de S. E. el Sr. marqués de Cerralvo.

—¿En la servidumbre del virey?  
—Precisamente, y quizá quizá el hombre de su confianza.

—¿Pero cómo?.....

—No es tiempo de referir historias; bástele saber á su señoría que todo esto lo hago por cumplir con la comision que me ha dado y en servicio de la buena causa.

—¿Y qué hay de nuevo?

—Cosas muy graves y que debeis de saber, porque de ellas quizá depende el éxito de todos nuestros planes. En

## XI.

En donde el virey, el visitador y el Padre Salazar se convencen enteramente de que Garatuza era una joya.

SERIAN las ocho de la noche, y las calles de México, otras veces tan solas á esas horas, estaban llenas de gentes que paseaban y se divertian en solemnidad de la entrada del nuevo virey.

En las ventanas y en las puertas habia farolillos encendidos; los ricos los habian puesto de vidrio y los pobres de papel: en algunas casas el lujo habia llegado hasta poner en los balcones guardabrisas de cristal con bujías de cera. En las calles habia lumbradas colocadas unas en el suelo y otras sobre un pié derecho de madera con una especie de jaula de hierro en la punta, adonde se ponía á arder la leña: estas lumbradas anunciaban los puestos en donde se vendian frutas, dulces, buñuelos, *pato ó tamales*: la multitud se rodeaba allí de los puestos, y las damas principales no se desdeñaban de acercarse á comprar alguna cosa de las que excitaban su apetito.

Entre aquella animada muchedumbre cruzaba á toda prisa un hombre embozado en una gran capa negra, y que se conocía que iba muy preocupado; tomó el rumbo de la calle

primer lugar, estoy comisionado y facultado para espiaros y vigilaros.

—¿A mí?

—A vos precisamente, no; pero á los criollos que conspiran contra la real autoridad.

—¿Luego sabe el virey?

—Sabe que se trama una conspiracion entre los hijos de la tierra para alzarse con ella, y sabe que se preparan para dar el grito el dia 5 de Noviembre.

—¿Pero cómo lo sabe?

—Os lo diré, porque estoy al tanto de todo, y esta era la mision que me encargásteis. El visitador Don Martin Carrillo recibió hoy un anónimo que leyó al virey y que yo escuché: luego me llamaron, y para inspirarles confianza les denuncié como cosa que yo sabia, lo mismo que habia oido leer en el anónimo sin que ellos lo supiesen; de aquí vino el que me comisionaran especialmente para inquirir algo respecto á la conspiracion.

El Padre Salazar reflexionó y luego dijo:

—¿Y qué piensas contar al virey ahora?

—Eso es lo que me ha de decir su señoría.

El Padre se puso á meditar apoyando su frente en la mano en que tenia la pluma, que aun no habia soltado, y luego como inspirado por una idea repentina, cambió la pluma á la mano izquierda y escribió en un pedazo de papel; esperó que se secara, y despues lo arrugó entre las dos manos y lo entregó á Martin.

—¿Qué es esto?—preguntó Garatuza.

—Esto lo entregarás al virey diciendo que lo has visto caer de la bolsa de algun *español*; el cómo lo viste y la persona que lo traía, tú lo combinarás como mejor te parezca: leelo, si quieres, antes.

Garatuza extendió el papel y leyó; era como el fragmento de una carta.

«La orden es que el grito se dé el dia 5 porque es preciso no dar tiempo á las pesquisas sobre el tumulto, que pueden darnos triste resultado.

«Es necesario que las sospechas de la conspiracion recaigan sobre los criollos, y apruebo lo que me decís del anónimo: así se encontrarán aislados.»

—No dejes de poner al.....(*roto el papel*).....que de esto depende nuestra fortuna.....

—Comprendo—dijo Garatuza.

—Bien, vete y no dejes de ponerme al tanto.

Una hora despues, el virey y el visitador, que estaban tratando de los negocios de la tierra, oyeron llamar á la puerta suavemente.

Era Benjamin.

Benjamin entró con todo el aire de un ministro de policía.

—¿Qué hay de nuevo?—dijo el virey.

—Excelentísimo señor, muy poca cosa.

—Habla.

—Pues cumpliendo con el mandato de Su Excelencia, fuí á la casa del señor oidor Don Pedro de Vergara Guviria, adonde tengo conocimiento con unos lacayos, y en donde solia escuchar eso de la conspiracion de que hablé á V. E.

—Adelante.

—Me entré al cuarto del cochero, y dos señores españoles hablaban bajo; pero yo percibí que trataban de lo mismo y mentaban mucho el dia cinco, y á los criollos, y á S. E. y al señor visitador, y luego uno sacó un papel que le enseñó á otro y lo rompió y guardó los pedazos en la bolsa de su calzon; pero uno de los pedazos se cayó, y yo le

alcé cuando se retiraron, porque tal vez sirva á S. E., porque escrito está.

—¿Y qué dice?

—No sé yo de eso de leer, y á nadie quise enseñárselo porque quizá sea importante.

—¿Dónde está?

—Aquí—dijo Benjamin sacando un papel arrugado y roto.

El lector habrá conocido que Benjamin no era otro que el mismo Garatuza, que sabia leer quizá mejor que el virey mismo.

Su Excelencia tomó el papel, lo leyó dos ó tres veces y le pasó en silencio al visitador.

Don Martin Carrillo lo leyó tambien por dos ó tres veces, y con el mismo silencio lo volvió al virey.

—¿Español dices que era el sugeto que esta carta llevaba?

—Sí, Excelentísimo señor.

—¿Y sabes cómo se llama?—dijo el visitador.

—No, señor, pero le conozco de vista, y hoy le ví en Palacio cerca de su señoría; y si mañana viene, se le mostraré luego á su señoría.

—Bien; espérate afuera hasta que llame—dijo el virey.

Martin ó Benjamin, como quiera llamársele, hizo una profunda reverencia y salió; pero se quedó escuchando tras de la puerta.

—¿Qué le parece á su señoría?—dijo el marqués.

—Me parece que este muchacho es vivo como la pólvora y que es un hallazgo inestimable para nosotros.

Martin se frotó las manos como acostumbraba hacerlo cuando estaba contento.

—¿Pero y esta carta?—dijo el virey.

—Esta carta nos da la llave de todo—contestó el visitador.

—No puede ser falsa.

—Por supuesto; y lo conocerá Su Excelencia en la circunstancia del anónimo contra los criollos, que era una cosa que solo Su Excelencia y yo sabiamos.

—Es una buena razon. ¿Conque lo que se pretendia era que se fijara la atencion sobre los criollos para poder los otros trabajar sin recelo?

—Y que al sentir algo la noche del 5, se tomaran providencias contra los inocentes, mientras los culpables ganaban terreno.

—Estamos realmente sobre un volcan; sin embargo, todo esto me lo habia yo figurado ya de antemano: todos los comprometidos en el tumulto han de hacer cuanto puedan por impedir que vuestra mision se lleve al cabo.

—Y lo mas sospechoso es el lugar en que Benjamin encontró la carta.

—Sí, en la casa del oidor Guviria.

—Uno de los jefes del tumulto.

—Preciso será estar alerta, ya que no lograron engañarnos.

El visitador se despidió del marqués y salió. Al abrir la puerta descubrió en la antecámara del virey á Benjamin sentado en un sitial y que dormia como un podenco.

—¡Pobre muchacho!—pensó—necesita reposo, porque verdaderamente es activo: ¡lástima que no sepa leer!

Y pasó á su lado procurando no despertarle.

voy á hacer, porque sé que sois un hombre de sentimientos elevados: voy á revelaros los secretos de mi familia, confiada en vuestra lealtad y en el amor que profesais á Esperanza.

—Señora, me haceis sobrada honra, y os aseguro que no os arrepentireis jamás. Hablad.

—Don Leonel, sabéis que yo siempre me he opuesto á que Esperanza, mi hija, se case, y eso aun despues que supe que vos érais el objeto de su amor; pero vos no comprendereis sin duda el motivo de mi oposicion, ¿es verdad? Quizá os parecerá una locura, una monomanía, un delirio.....

—Señora....

—No, no os avergonceis, que ni digo que vos lo hayais pensado, ni aun cuando así fuese, careceríais de razon, porque no conoceis nada de lo que tengo que deciros: Don Leonel, supuesto que insistís en vuestro amor, es preciso que sepais cuál es la familia de vuestra prometida, y que os desengañeis de que no puede ser esposa vuestra mientras los criollos no sacudan el yugo de sus opresores: cuando conozcais todo esto, entonces, prometedme hablar con franqueza, y decidme si vuestro amor vive á pesar de todo, ó si vuestra razon, mas fuerte que ese amor, os aconseja olvidar á Esperanza.

—¿Olvidarla? ¡Ah, señora, qué palabra habeis dicho! ¿Qué suponeis de mí?

—Nada supongo, Don Leonel, sino que sois jóven y estais apasionado: por lo demás, oid, y cuando sea tiempo contestadme con entera lealtad.

Don Leonel iba á contestar, cuando Doña Juana se levantó serena y le dijo con dulzura:

—Esperadme, que voy á traeros una cosa que debeis ver.

Don Leonel se levantó tambien por respeto.

## XII.

Cuéntase lo que hablaron Don Leonel y Doña Juana de Carbajal.

ASENTÓSE Doña Juana en un sitial, y en otro inmediato Don Leonel: estaban enteramente solos en la biblioteca: el silencio era tan profundo, que podia oírseles, y la escena estaba alumbrada por un gran candil de bronce colocado sobre la mesa y que reflejaba su vacilante resplandor sobre los viejos libros forrados en pergamino y sobre los encendidos colores de los vestidos y mantos de plumas que pendian de las paredes.

Don Leonel esperaba con impaciencia que comenzase á hablar Doña Juana, en tanto que ella, apoyando su brazo en el del sitial y absorta en sus meditaciones, parecia haberse olvidado de que no estaba sola.

Doña Juana, semejante á una estatua de alabastro, no movia ni siquiera los párpados; así se mantuvo un largo rato, hasta que de repente pareció animarse, alzó la cabeza, miró á Don Leonel y le dijo con una voz tranquila y dulce:

—Leonel, ¿jamais mucho á Esperanza?

—Mucho—contestó con entusiasmo el jóven.

—Pues bien, creo que no será una imprudencia lo que



—Sentaos—le dijo Doña Juana—sentaos, y no os impacientéis si os parece que tardo: supongo que esta noche no tendreis qué hacer porque no hay reunion, y además, esto es un asunto que interesa demasiado á vuestro porvenir por mas de un motivo, y que bien merece que le sacrificueis un poco de tiempo.

—Señora, estóy enteramente á vuestras órdenes.

—Bien, ya vengo; entretanto tomad un libro para distraeros del fastidio.....

Doña Juana abrió la puerta secreta y desapareció.

Cuando Leonel se encontró solo, comenzó á examinar el aposento; habia allí objetos que llamaban su atencion, pero que necesitaban estudiarse uno por uno para comprender lo que eran.

El jóven, aprovechando el permiso de Doña Juana para tomar un libro, se levantó de su asiento, y á la escasa luz del candil comenzó á examinar aquella especie de museo.

Los libros, sin embargo, fueron los que menos llamaron su atencion; soldado desde su infancia casi, el amor á las letras no era sin duda el distintivo de su carácter; pero habia en cambio allí otras cosas que excitaron su curiosidad.

Eran, á no dudarlo, armas é instrumentos de música antiguos, pero todos de una riqueza y de un trabajo artístico, maravilloso; arcos de maderas preciosas y desconocidas, flechas y lanzas con puntas de piedras brillantes y de diversos colores, las unas con ese verde dulce de la esmeralda, las otras con el encendido color del granate, las de mas allá con la transparencia del cristal, ó con ese blanco de las grandes masas de nieve.

Las *macanas* de los antiguos señores de la tierra con incrustaciones primorosamente colocadas, representando figuras fantásticas de hombres, de animales, de flores, con

los cortes de piedras tambien raras y sorprendentes, pero cortantes y agudas como la mas bien templada cimitarra de Damasco.

Escudos de pieles resistentes como una adarga española, con caprichosas formas y adornados con piedrecillas y conchas, y teniendo en el centro, como el chorro de una cascada, un penacho de plumas de aves desconocidas, pero que caian, por decirlo así, ligeras y flotantes, ostentando sus colores vivísimos sobre el negro fondo del escudo.

Los trages, los mantos, las diademas con sus penachos, eran materialmente unas nubes de colores que flotaban al impulso solo del aliento, y entre las cuales se percibian los destellos del oro, de la plata y de las piedras preciosas.

Y todo aquello parecia estar conservado y cuidado con una religiosa dedicacion, porque no se notaba en todo ni la huella del tiempo, ni aun el menor vestigio de polvo ó de maltrato.

Aquello era, á no dudarlo, un resto de esplendor y magnificencia de la casa de alguno de los poderosos emperadores aztecas, que la familia de Doña Juana conservaba mas como una reliquia que como un tesoro.

Doña Juana salió por la puerta secreta de la biblioteca, pero no se dirigió por el pasillo y las habitaciones por donde tenia la casa comunicacion para la calle, y por donde otra vez la hemos visto salir, sino que abrió una puerta que á la derecha estaba, atravesando á oscuras dos cámaras, y llegó á una tercera que estaba alumbrada.

Era una estancia espaciosa, pero abrigada, que recibia la luz durante el dia por dos elevadas ventanas cubiertas por finos tejidos de ixtle, que los mexicanos llaman *ayate*: por la parte de afuera tenian gruesas rejas de fierro, y por la interior pesados batientes de madera que cerraban herméticamente: en uno de los ángulos habia una gran cama

de madera con caprichosos tallados, y encima de los gruesos colchones de pluma se tendía una manta de algodón tejida de diversos colores: en la estancia se advertían armarios de madera con grandes chapas, algunos sitials tapizados de baqueta, y cubierto el piso con esterás ó *petates* finísimos de palma, y sobrepuestos de manera que apenas se percibía el ruido de las pisadas.

Cerca de la cama, en un enorme sitial cubierto por multitud de almohadones de plumas, estaba un hombre, tan anciano, que difícilmente podría haberse fijado su edad, si de su boca no se hubiera escuchado.

Aquel hombre parecía pertenecer á la raza indígena pura; su cabello y su escasa barba estaban completamente blancos, su cutis era seco y con ese brillo que da la vejez, sus manos estaban trémulas y su cabeza vacilante.

El viejo estaba enteramente envuelto en una gran bata de algodón blanca perfectamente acolchada, y entre sus profusos pliegues se perdían las formas del cuerpo.

Su cabeza estaba descubierta.

Sin embargo, en medio de aquella destrucción, de aquella ancianidad, podía notarse en la boca del anciano una dentadura blanca y bien conservada, sin mas indicio de vejez que el advertirse un poco gastados los dientes incisivos.

El anciano leía un gran libro á la luz de una bujía de cera, sin auxilio de gafas, y volvía las hojas con su mano trémula, apoyándose en el pupitre que sostenía el libro.

—Buenas noches, padre mio—dijo Doña Juana al entrar.

—Dios te bendiga, hija mia—contestó el anciano alzando la cabeza,—¿qué andas haciendo?

—Padre mio—dijo la dama besando la mano del anciano, vengo á tomar el libro de nuestra familia.

—¿Y á quién vas á leersele?

—A Don Leonel de Salazar.

—Bien; por lo que me has contado, puede y debe verle.

—Así lo he creído.

—¿En dónde está?

—Esperándome en la biblioteca.

—No le hagas aguardar; que á ese jóven quizá Dios lo haya escogido para salvar á nuestro pueblo.

—¿Qué lees, padre mio?—dijo Doña Juana, mientras que con una llavecita de plata abría uno de los cajones de un armario.

—La Biblia, hija, la Biblia. Es el único libro que me consuela y me alienta en mis desgracias.

—Vuelvo á veros pronto.

—Anda, hija mia, anda, y fortaleco á nuestro jóven en sus heroicas resoluciones.

Doña Juana salió, y el anciano despues de contemplar la puerta por donde ella habia desaparecido, exclamó dando un suspiro:

—¡Dios os alumbre!—y volvió á continuar su lectura.

Don Leonel continuaba absorto en la contemplación de los objetos que tenía á la vista, cuando sintió el ruido que hacia Doña Juana al entrar. El jóven se avergonzó de que le hubiera sorprendido en aquel acto de curiosidad; pero la dama sin parar en ello la atención, le dijo:

—Don Leonel, lo que os voy á entregar es casi un tesoro, porque es la historia de mi familia: leed este libro, y luego venid á verme.

Y al decir esto le entregó una cajita de ébano perfectamente barnizada, y de la que pendía una llavecita de oro por medio de una cadenilla del mismo metal.

Don Leonel la recibió con una emoción que él mismo no podía explicarse.